

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

LA EPIFANÍA.

*Et apertis thesauris
suis, obtulerunt ei mu-
nera, aurum, thus et
myrrham.*

MATTH., II.

Y abiertos sus tesoro-
ros, ofreciéronle pre-
sentes, oro, incienso y
mirra.

Refiere el Evangelio que á los trece dias del Nacimiento de Jesús, vinieron del Oriente unos Magos y penetrando en la casa donde estaba el Niño, le adoraron. Y abriendo sus tesoros, ofreciéronle presentes, oro, incienso y mirra. Advertidos durante el sueño que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por otro camino. ¡Dichosos los que se muestran fieles á la luz de la fé como los Magos á la conducta de la estrella milagrosa que los

llevó á presencia del Rey de los cielos! ¡Dichosos los que creen y practican, los que conociendo á Jesucristo, como Dios, como Rey y como Redentor, le ofrecen el triple homenaje de su adoracion, de su obediencia y de su amor! Estos son verdaderamente sábios, reyes del mundo, y dignos de poseer los tesoros de la eternidad. Ha llegado el momento de predicar con infatigable actividad y entonacion vigorosa la necesidad de restaurar en las almas y en los pueblos el espíritu de Cristo, único Dios á quien todos debemos adorar, único Rey á quien debemos obedecer, único Redentor que puede rescatarnos de nuestras vergonzosas servidumbres. Por haber abandonado la estrella de la fé, andamos perdidos en las encrucijadas del error y del vicio, que vienen

á hundirnos en todo género de miserias físicas y morales, preludio de las eternas desdichas que están reservadas á la infidelidad, á la ingratitud, y á la impenitencia. Siguiendo con docilidad y constancia las luces de la fé, encontraremos á Jesucristo que es el camino, y ofreciéndole un corazón dócil, obediente y purificado, recibiremos en cambio tesoros de paz, de gracias, virtudes y consuelos que solo Jesucristo puede regalar al mundo conturbado, á los pueblos empobrecidos, y á las almas extraviadas.

La vida, la verdadera vida consiste en conocer á Jesucristo, adorarle como Dios y someternos con la inteligencia y el corazón á su sapientísima y paternal soberanía. Venid á mí, nos dice, venid los que estais ciegos, enfermos, y agobiados bajo el peso de vuestras miserias, porque yo soy la verdad, el camino y la vida. Pero nadie puede ir á Jesucristo si el Padre que le envió, no le muestra el camino. Y nadie puede excusarse de ir á Jesucristo, porque Dios á todos llama y á nadie le falta luz, fuerza, impulso y guía segura para logro de esa dicha incomparable que consiste en hallar á su Salvador y participar de sus

tesoros. La estrella de la fé que brilla en el cielo de vuestra inteligencia, y tantas luces interiores y exteriores que Dios, rico en bondades y largo en misericordias no cesa de enviar á vuestras almas, indican, alumbran, suavizan, y llenan de atractivos el camino que conduce al lugar donde os espera Jesucristo, lleno de gracias, de mercedes, y regalos, más estimables que el oro y los topacios. Más favorecidos que los Magos, más cerca que ellos de la fuente de la vida, cercados por todas partes de luces y estímulos, necesitados de socorro y medicina, no dáis un paso en el camino de vuestra salvacion; vivis como de asiento en las tinieblas como si no hubiera sol en el cielo; os abrasais de sed como sino hubiera en la tierra ríos y cascadas, y fuentes de agua viva que saltan hasta la vida eterna; estais enfermos como sino hubiera medicina en la Iglesia, Galaad de la nueva ley, ni hubiera aqui tampoco médicos. ¿Quién os ha fascinado para que no sigais las luces de la verdad? No seais por más tiempo rebeldes á la luz. Levantáos, ya es hora; imitad á los Magos; emprended un viaje que os hará dichosos; dejáos conducir por la estrella de la fé, y llegareis á los piés de Jesucris-

to, vuestro Dios, vuestro Rey, y vuestro Salvador que os espera, que solo os pide docilidad, sumision; y deseo ardiente de su gracia, de su misericordia, y de los frutos de su redencion. Asi obraron los Magos; fueron dóciles á la voz de Dios, y conducidos por la misteriosa estrella que se les apareció en el Oriente, tuvieron la dicha de encontrar á Jesús con Maria su Madre. Y arrodillándose adoraron al divino Niño. Abrieron despues sus tesoros, y ofrecieronle presentes, oro, incienso y mirra. *Attende quid obtulerint et agnos ce quid crediderint*, dice San Fulgencio (1). Los Magos demuestran lo que creen acerca del divino infante por el precio y calidad de las ofrendas que presentan en el altar del pesebre. La Arabia feliz de donde venian los Magos es muy rica en oro, incienso y mirra, como se lee en Ezequiel (2), y atestigua Plinio (3).

Los árabes y orientales no se presentan jamás ante sus reyes ó principes sin ofrecerles algun regalo como se lee en el Génesis (4) y en el libro primero de los Re-

yes (1). Séneca refiere (2) que nadie podia visitar á los reyes Partos sino llevaba algun presente en señal de veneracion y como reconocimiento del alto dominio que corresponde al supremo imperante. En la ley de Dios estaba prescrito que ningun israelita apareciese en la presencia del Señor con las manos vacias. *Non apparebis in conspectu meo vacuus* (3). La reina de Saba hizo ricas ofrendas á Salomon, y el sábio y espléndido monarca correspondió con mayores preciosidades (4). Los Magos ofrecieron al verdadero Salomon oro, incienso y mirra. Oro, dice San Bernando, para socorrer la pobreza de Jesús y de su Madre, mirra para confortar los miembros infantiles del Hijo de Dios, incienso para perfumar el establo, Los Santos Padres explicando alegóricamente la ofrenda de los Magos, dicen que el oro significa la caridad de Jesucriso, inmolido en el altar de la Cruz por la redencion de los hombres, la mirra los dolores amarguísimos de su pasion y muerte, y el incienso la oracion, veneracion, sumision, y culto de

1 Serm. de Epiphan.

2 XXVII, 22.

3 Lib. 12, cap. 14.

4 43, 11.

1 10, 27.

2 Epist. 17.

3 Exodi, 23.

4 2.º Paralip. 9, 12.

latria que Jesús ofreció al Eterno Padre por la salvación del mundo.

Siguiendo el mismo sentido, añaden que con la ofrenda del oro querían los Magos confesar la dignidad real de Jesús, con el incienso su divinidad, y con la mirra su humanidad pasible y mortal. Ofrecen incienso á Jesús como Dios, dice S. León, mirra al Hombre, oro al Rey, venerando la unión maravillosa de las dos naturalezas en la persona del Verbo, y representando por medio de sus ofrendas la fé que ardía en sus corazones. *Quod cordibus credunt, muneribus protestantur* (1). S. Ambrosio dice que el oro se ofrece al Rey, el incienso á Dios, y la mirra al difunto (2), y S. Gregorio nos ha dejado la misma explicación. *Auro regem, thure Deum, myrra mortalem prædicant* (3). S. Jerónimo descubre el sentido, y el Presbítero Juvenco, célebre poeta latino simbolizó en el oro, la magestad real, en el incienso la naturaleza divina, y en la mirra la sacratísima humanidad. *Thus, aurum, myrrham, Regique, Hominique, Deoque dona ferunt*. Tal es la profesión de fé que

hacen los Magos en presencia del divino Niño.

Reconocer la divinidad de Jesucristo y ofrecerle un culto de adoración en espíritu y verdad con exclusión de todo otro culto que le sea contrario, proclamar su divina soberanía y el imperio de su doctrina, de su ley y de su Redención sobre las inteligencias y los corazones, sobre la familia y la sociedad, es un acto de fé católica obligatorio á todo cristiano, un deber de las naciones bautizadas, y la condición indispensable, necesaria de su vida. Ofrezcamos nosotros, estos homenajes al Dios de nuestra fé, al Rey de nuestra inteligencia, y Salvador de nuestras almas.

Ofrecen oro los que brillan con la luz de la sabiduría cristiana, incienso los que envían al cielo el perfume de sus oraciones, mirra los que mortifican la carne con abstinencias y refrenan las pasiones con mano firme, luchando sin descanso contra sus reprobadas y funestas exigencias. (1) Ofrecen oro los que aman á Dios y al prójimo, ofrecen incienso los que someten su entendimiento á las verdades reveladas, y su voluntad á las leyes divinas, ofrecen mirra los que castigan su

1 Serm. 1, de Epiphán.

2 Lib. 2. in 2. c. Lucæ.

3 Hom. 10.

1 S. Greg. Hom. 10.

cuerpo y lo reducen á la obediencia del espíritu, los que miran con horror los pecados de la carne, y cultivan con esmero la hermosura y aromática flor de la castidad. ¿Sois vosotros del número de los obedientes, de los puros y mortificados? Si Jesucristo es vuestro Dios, ¿dónde está el incienso que le ofrecéis? Si Jesucristo es vuestro Rey ¿dónde está la obediencia que prestais á sus mandatos y el temor que teneis á sus castigos? Si Jesucristo es vuestro Redentor, vuestro libertador, y Salvador ¿dónde está el amor que le debéis y la gratitud que reclama de vosotros la grandeza de sus bondades y la muchedumbre de sus beneficios? ¿Cómo pretendéis ser felices fuera de la obediencia, del amor y gratitud que debéis á vuestro Dios, á vuestro Rey, á vuestro Salvador. Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre para salvar á los hombres? No hay salud para las naciones rebeladas contra Dios, contra su Cristo y contra su evangelio; no hay, no puede haber respeto, ni obediencia, ni amor para los reyes que no abaten su frente y rinden sus coronas á los piés del que lleva en su muslo el lema. *Rey de Reyes* y Señor de los que dominan. No hay, hermanos míos, no puede haber luz para

nuestras tinieblas, consuelo para nuestros dolores, remedio para nuestros males, salvacion para nuestras almas fuera de una fé viva en Jesucristo, único Salvador así de las almas como de las naciones. Creed, esperad, corred á impulso del amor divino hácia vuestro país, que es el paraíso de la gloria, Amen.

 RECTIFICACION.

En el número anterior, página 235, columna 2.^a, línea 8.^a, donde dice, *Seis mil habian corrido*, debia decir *Cuatro mil*. En la página 239, columna 1.^a, líneas 29 y 30 donde dice *atormentan vuestra juventud*, léase *atormentan vuestra conciencia*.

 LA FLOR DEL GRANADO.

Conclusion.

IV

Cuando llegó la época de la quinta, ofrecí un cirio en el altar de la Virgen; porque la idea de alejarme de su lado me desgarraba el corazón. ¡Alabado sea Dios! saqué el número más alto. Pero Juan, mi hermano de leche, cayó soldado.

Yo le encontré llorando.—¡Madre mial ¡Madre mial exclamaba.

V.

—Consuélate Juan; yo soy huérfano. No quería creerme cuando le dije: Voy á

marchar por tí. Angelina vino también bajo el granado; jamás la había visto llorar; sus lágrimas eran mas bellas que su sonrisa.

Al despedirnos me dijo: Pedro has obrado noblemente; tienes un buen corazón; vé, yo te esperaré

VI.

¡Izquierda derecha, izquierda derecha, tambor batiente! ¡Adelante, marchen! Así fuimos de un golpe, hasta Wagram! ¡Pedro ánimo! ¡Hé ahí el enemigo! Vi una larga línea de fuego: había quinientos cañones que disparaban sin cesar; humo que ahogaba la respiración; sangre en que resbalaban los piés.

Tuve miedo y volví la vista atrás.

VII.

Atrás estaba la Francia, el pueblo natal y el granado cuyas flores se habrían convertido en frutos. Cerré los ojos y ví á Angelina que rezaba por mí. ¡Alabado sea Dios! ¡he aquí que recobro el valor! ¡Adelante! ¡Adelante! izquierda, derecha. ¡Preparen... fuego... á la bayoneta!— ¡Bravo, bravo, por el recluta! ¿Cómo te llamas valiente?—Señor, me llamo Pedro.—Pues bien, Pedro, eres sargento.

VIII.

¡Angelina! ¡Angelina! ¡Soy alférez! ¡Viva la guerra! Sus fiestas son las grandes batallas. Para pasar sobre un ejército, no hay mas que poner ¡un pié delante de otro. ¡Izquierda, derecha! ¡Adelante! —¿Otra vez tú, Pedro?—Si, Vuestra Majestad.—Recoje esa charretera.

Las había en gran número sobre los hombros de los muertos.

IX.

¡Gracias Señor! Y adelante hasta Moscou... pero no mas allá. En la inmensa llanura cubierta de nieve, un camino marcado por los cadáveres; aquí el rio, allí el enemigo; la muerte á uno y otro lado!

—¿Quién botará al agua el primer ponton?—Yo, Señor!

¡Tú siempre, capitán!

Y me dió su cruz de caballero.

X.

¡Alabado sea Dios! ¡Angelina, Angelina! ¡Cuán orgullosa vas á estar de mí.

La campaña ha concluido, y tengo una licencia. ¡Sonad, sonad alegres, campanas de mi Iglesia! ¡Anunciad nuestras próximas bodas! El camino es largo, pero la esperanza vá de prisa. Allá abajo, detrás de aquel montecillo está el país.

Ya distingo la antigua torre... diría que se oyen sus campanas.

XI.

Se oyen, no hay duda; mas donde está el granado?

Es el mes de las flores y sin embargo yo no veo sus tintas de fuego. En otro tiempo se le distinguía de lejos: es que entonces estaba en pié... ¡Habían cortado el árbol de mis amores!

¡Sus ramas dispersas, cubiertas aun de flores marchitas, yacian entre la hierba!

XII.

¿Porqué tocan las campanas, Mateo? —Anuncian una boda, señor capitán. Mateo no me había reconocido.

¡Una boda! Decía la verdad. Los pro-

metidos subían las gradas de la Iglesia. Angelina era la prometida; Angelina gozosa, y más bella que nunca.

Juan, mi hermano de leche, era el prometido.

XIII.

Las gentes que me rodeaban se decían: —¡Cuán felices son! ¿Mas y Pedro? les pregunté yo.—¿Qué Pedro? me respondieron ¡Me creían muerto, y me habían olvidado!

XIV.

Me arrodillé en un rincón de la Iglesia. Allí pedí á Dios por Angelina y por Juan: todo lo que yo amaba en el mundo. Terminada la misa, cogí una flor del granado: una pobre flor muerta, y eché á andar sin volver la vista atrás.

¡Alabado sea Dios! ¡Se aman y serán dichosos!

XV.

¿Tan pronto de regreso Pedro?—¡Señor...! Tienes veintidos años, eres comandante y eres caballero; voy á darte una condesa por esposa.

Pedro sacó de su pecho la pobre flor marchita, cojida en una de las ramas cortadas del granado.

—Señor, mi corazón está muerto, como esta flor. Solo deseo un puesto en la vanguardia, para acabar de morir como soldado cristiano.

XVI.

Y tuvo un puesto en la vanguardia. Junto á un pueblecito, oculto en el fondo de un valle, se vé la tumba de un coronel, muerto en un día de gloria para la patria. ¿Quién puede ser?

Ocupa el sitio que cubría con sus ramas el granado. En lugar de un nombre se hallan grabadas sobre la piedra, bajo la cruz, estas tres palabras ¡Alabado sea Dios!

P. Feval.

 VARIETADES.

UN VESTIDO.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucía un caballero que había estado muchos años en América y traía de ella muchos tesoros, como decía la voz pública en su manera ponderativa. Pero era cierto que uno traía superior á los de oro y plata que se le suponían y era una mujer buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada entre las pacíficas y alegres cuatro paredes de su casa, feliz y contenta en su tranquilidad interior.

En breve echó de ver el marido el desenfrenado lujo que ostentaban en su vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que en el suyo gastaba su mujer.

Y así fué que le dijo un día en que juntos iban á salir:

—Luisa, preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar á otras señoras.

—Felipe, contestó su mujer, esos vestidos que ves en otras cuestan cuatro mil reales: el año que viene no se gastarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro, y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posición ni el caudal de unos príncipes.

—Siendo mas pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos expondría á la crítica ó á la burla respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló: pero en lo que menos pensó fué en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salian, le preguntaba D. Felipe.

—Luisa, ¿no te has comprado todavía el vestido?

Y ella, con el fin de no contrariarlo, buscaba disculpas por no haberlo hecho.

—Luisa observaba entonces á su marido, se sabe que tengo posibles, y como nadie podrá creer que, si una señora no lleva cual le corresponde un vestido rico, sea por *motu proprio*, creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un dia que les acompañaba á la mesa un amigo íntimo de D. Felipe, le refirió éste muy sentido lo que llamaba la *manía* de su mujer de no querer comprarse el vestido, y levantándose, trajo enatro mil reales en oro, que entregó á Luisa con la expresa condicion de que habian de ser invertidos en la compra del vestido.

Salieron en seguida los amigos á pasear, y Luisa entró en su gabinete y se sentó sobre una silla baja, en su cierro de cristales, á hacer labor.

Aguardábala allí una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorría con sus dones y consolaba, escuchando con el mayor interés la relacion de sus males y sus desgracias.

La persona que le aguardaba, conservaba un aspecto decente en medio de la mas completa miseria, gracias á Luisa,

que la habia provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada habia ejercido toda su vida un empleo subalterno, pero hacia algun tiempo que, sin causa ni pretesto, habia sido privado de su cargo para favorecer á otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas ni proporcion de busear otro modo de mantener á su familia, la angustia, el desconsuelo y la irritacion que se apoderaron de su ánimo, lo postraron en cama.

En breve fué vendido su modesto ajuar y cuanto poseían, para atender al sustento de la familia y á la asistencia del enfermo. Entonces su hijo, jóven á quien habia dado su padre una buena educacion y que por entonces estudiaba en la Universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener á sus padres; pero como ningun oficio habia aprendido, no le quedó más recurso que entrar en una obra de peon de albañil.

Empero, cinco reales que ganaba á tan inusitadas y duras penas que iban minando su salud, como no acostumbrado desde niño á tan rudo trabajo, lo que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaba al doble objeto de sustentar á su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre.

(Continuará.)

FERNAN CABALLERO.

